

Eduardo Lizalde

◆

Almanaque
de cuentos y ficciones

◇

[1955-2005]



Dirección de Literatura/UNAM



Ediciones Era

Índice



Medio siglo de *La cámara*

◇ 15 ◇

I

◆ LA CÁMARA ◆

La cámara

◇ 23 ◇

Las cadenas

◇ 51 ◇

Maniobras palaciegas

◇ 59 ◇

La muerte del jardín

◇ 66 ◇

Otra fábula

◇ 69 ◇

Un delito

◇ 72 ◇

Las costumbres

◇ 75 ◇

El tigre de Pablo

◇ 80 ◇

Cuentos de la *Gioconda* I

◇ 93 ◇

Cuentos de la *Gioconda* II

◇ 108 ◇

Desayuno

◇ 117 ◇

El príncipe

◇ 119 ◇

La tormenta

◇ 124 ◇

La belleza de un árbol

◇ 128 ◇

Envidia

◇ 133 ◇

Gato y nube

◇ 138 ◇

Una nueva (la más grande) película de Visconti:

El camino de Swann

◇ 144 ◇

Una de esas malditas moscas zumbadoras

◇ 152 ◇

Insengrin

◇ 155 ◇

II

◆ MANUAL DE FLORA FANTÁSTICA ◆

Menos que un prólogo

◇ 165 ◇

Delirio de la mandrágora

◇ 169 ◇

La circea

◇ 172 ◇

El parterre del Diablo

◇ 174 ◇

Carnívoras rosadas

◇ 177 ◇

Chupaflores areniscas

◇ 178 ◇

Supremum vultur

◇ 179 ◇

Droserácea democrática

◇ 181 ◇

Adúltera consorte

◇ 183 ◇

Epifitas voladoras

◇ 185 ◇

Cuidado con las rosas

◇ 187 ◇

Acuttissima vox

◇ 190 ◇

Invisibles

◇ 193 ◇

El huerto de Baaras

◇ 196 ◇

Jugadoras *underground*

◇ 198 ◇

Vesánicas y lunáticas

◇ 200 ◇

Cosecha de los demonios

◇ 203 ◇

Cicuta mayor

◇ 205 ◇

Alguien canta al fondo del bosque

◇ 208 ◇

Submundo de las enanas

◇ 211 ◇

El corazón de la rosa

◇ 213 ◇

Bambú

◇ 215 ◇

Las memoriosas

◇ 218 ◇

La guerra del principio del mundo

◇ 221 ◇

Abismos de la videncia

◇ 225 ◇

El experimento del doctor Rosenfranck

◇ 227 ◇

◆ III ◆

Blanco sobre blanco
(Un crimen inmaculado)

◇ 235 ◇

IV

◆ APÉNDICE ◆

Manual de flora fantástica, de Eduardo Lizalde,
por Ernesto de la Peña

◇ 243 ◇

Medio siglo de *La cámara*



Con la ilustración de mi propio puño, que aquí se reproduce (p. 21), se publicó hace más de medio siglo en una entrega de la revista *Letra Viva* (la cual nuestros enemigos y críticos apodaron desde luego “Letra muerta”) la primera versión del cuento “La cámara” que el autor había redactado un año antes. El texto fue generosamente celebrado por algunos colegas, aún más jóvenes que yo, y por los editores de la roja *Letra Viva* que eran entonces mis activos camaradas: José Luis González, el gran cuentista portorriqueño y Enrique González Rojo, pero en la que también colaboraban Joaquín Sánchez MacGregor, nuestro ilustrador camarada en jefe José Revueltas y otros compañeros.

Pero el primer comentario notorio que se hizo sobre el cuento en una publicación prestigiosa fue una brevísima nota en la muy leída columna “Autores y Libros” de *México en la Cultura* (el suplemento de *Novedades*), que generalmente redactaba con excelente mano Antonio Acevedo Escobedo y en el que creo intervenían a veces Henrique González Casanova o Gastón García Cantú. La fecha de la edición es 28 de octubre de 1956, y el párrafo sobre la revista y el cuento es el que sigue:

RESEÑA DE REVISTAS

Letra Viva. Revista Mensual de Cultura. Responsables: Enrique González Rojo, José Luis González y Eduardo Lizalde. Vol. I, 3-4, julio-agosto de 1956.

“La cámara” es un cuento de Eduardo Lizalde cuyos elementos, tan reales y trágicos por sí mismos, pudieron ser una obra

maestra. El tema lo explica todo: tres infelices mexicanos, que pretenden pasar ilegalmente a los Estados Unidos, metidos en la cajuela cerrada de un automóvil, son abandonados durante varios días. Si Lizalde no se hubiera apresurado —el enemigo esencial de la obra de todos los hispanoamericanos—, el suyo hubiera sido no un cuento, sino algo más.

Cuando leí esas generosas pero también inteligentes y aleccionadoras líneas de alguno de mis mayores, decidí revisar el cuento, me dispuse a corregirlo, afinarlo en lo posible y darle un mejor desarrollo literario. Terminé de consumir la tarea entre 1957 y 1958, y el texto sirvió de entrada a la selección de cuentos que precisamente mi propio amigo Henrique González Casanova decidió editar en 1960, dentro de la colección de la Imprenta Universitaria (*La cámara*, 1960), donde el año anterior se había publicado el primer libro de Augusto Monterroso. El cuento se extendió prácticamente al doble (unas cuarenta cuartillas) y sobre él se escribieron algunas crónicas que resumo aquí muy brevemente y animaron entonces mi descontentadizo ego juvenil de poeta que nadie en esa época, y con razón, estimaba.

También en la columna “Libros”, que publicaba el poeta guatemalteco Raúl Leiva en *El Universal Gráfico* (14 de diciembre de 1960), se decía sobre *La cámara*:

La imprenta de la Universidad Nacional Autónoma de México ha hecho circular entre las librerías, donde puede ser adquirida por el público, la obra de Eduardo Lizalde que lleva por título *La cámara* [...].

Ahora Eduardo Lizalde brinda a los lectores una colección de doce cuentos, en los que, empleando temas comunes, reales, expone con precisión de dibujo mecánico el interior de los personajes: sus estados de ánimo, sus temores, sus sentimientos.

El autor se preocupa por la precisión de la frase, nada de palabrería inútil. La suya es una prosa de severidad imponente como los contornos de los templos prehispánicos. En *La cámara*, no hay lugar a la floritura inútil de la palabra que se vuelve intrascendente de puro rebuscada...

Cuatro años después de publicada esa primera versión de “La cámara”, en el volumen mencionado, José Emilio Pacheco (que cumplía entonces veinte años, diez menos que yo) me daba mejor trato por el cuento mayor y por otros del libro. Cito un fragmento de ese comentario:

Por lo que se desprende de estas páginas, será la narración el verdadero camino de Lizalde. Si el libro carece de unidad en su temática y su técnica, contiene un cuento, “La cámara”, que es digno de figurar en las antologías mexicanas. “La cámara” es el increíble tormento de un hombre que cruza la frontera norteamericana oculto en un compartimiento –fijado entre la cajuela y el asiento posterior de un automóvil– al lado de otros dos hombres. El conductor del vehículo escapa, abandona a los cautivos en esa tumba de metal. Uno de aquéllos mata al otro y a su vez muere en la asfixiante oscuridad. El sobreviviente pasa muchos días junto a los cadáveres que se van corrompiendo, junto a los gusanos y los residuos orgánicos que se acumulan en la cámara, hasta que pierde la razón. Con este material Lizalde ha construido un texto que no es hipérbolo calificar de magnífico.

Del volumen me interesan particularmente otros tres cuentos: los dos de “La Gioconda”, resueltos con ingenio y extrema habilidad, y el último, “La tormenta”, anécdota imaginaria de la Revolución que logra transmitir una emoción semejante a la que hallamos en el relato de la agonía de los braceros.

En los restantes, el empleo de una prosa excesivamente elaborada impide la perfección que merecían lograr. Lizalde se apega con frecuencia a las maneras propias de Arreola (al parecer, estancia inevitable en nuestro desarrollo), un modelo excelente, claro está, pero alejado de las intenciones y del temperamento de Lizalde.

Pero este libro (como el de Carlos Valdés y *La plaga del crisantemo* de Arturo Souto) devuelve al cuento mexicano la hegemonía que ganó la novela en años anteriores y muestra que Lizalde, el “poeticista”, cede el lugar a un narrador con verdaderas dotes para el género.*

El resto de los cuentos y ficciones que componen el presente volumen fueron publicados en diferentes suplementos culturales y revistas, pero no volvieron a editarse, incluidos los veintisiete textos del libro *Manual de flora fantástica*, que publicaron en 1997 mis amigos de la editorial Cal y Arena, y al que acompañó el generoso comentario de mi querido y sabio colega Ernesto de la Peña, quien celebró la edición, a la que se agregaba “El experimento del doctor Rosenfranck”, publicado por la revista *Vuelta* en abril del mismo 1997.

El viejo texto (que no cuento) de tinte supuestamente sartreano titulado “Las cadenas” se publicó por única vez en 1955, en las páginas de la peleonera revista *Metáfora*, que dirigía el poeta Jesús Arellano, quien se dedicaba acompañado por otros rebeldes a fustigar sin respeto alguno a las celebridades literarias en boga, de don Alfonso Reyes para abajo.

La extensa crónica titulada “Una nueva (la más grande) película de Visconti: *El camino de Swann*” se incluye asimismo entre las ficciones de los años sesenta, pues no era ni un comentario

* José Emilio Pacheco, *Revista Mexicana de Literatura*, n. 16-18, octubre-diciembre de 1960, pp. 83-84.

filmico ni un cuento, sino la reseña de una película imaginaria, que incluso algún grande especialista en la materia y gran investigador (mi amigo Emilio García Riera) pensó que era el comentario de una real obra maestra del gran italiano, que nadie había visto aún en la pantalla.

Eduardo Lizalde
Agosto de 2009